MONTEAGVDO 3.ª Época - N.º 15. 2010 - Págs. 83-102

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA MEMORIA FÉRTIL DE CARMEN CONDE

FRANCISCO J. DÍEZ DE REVENGA
MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

RESUMEN:
Se analiza en este trabajo la amistad entre Carmen Conde y Miguel Hernández, a través de un poema y cuatro textos olvidados, redactados por la escritora de Cartagena en distintos momentos de su vida y en los que manifiesta una indeleble admiración hacia el poeta de Orihuela.

PALABRAS CLAVES:
Miguel Hernández, Carmen Conde, Antonio Oliver, amistad, Orihuela, Cartagena, Universidad Popular de Cartagena.

ABSTRACT:
The friendship between Carmen Conde and Miguel Hernández is analysed in this paper, through a forgotten poem and four texts, written by the writer from Cartagena in different times of her life. In these texts she expresses an indelible admiration for the Orihuela poet.

KEY WORDS:
Miguel Hernández, Carmen Conde, Antonio Oliver, friendship, Orihuela, Cartagena, Universidad Popular de Cartagena.

La amistad de los esposos Carmen Conde y Antonio Oliver con Miguel Hernández se inicia el 2 de octubre de 1932 cuando los dos escritores cartageneros acuden a Orihuela para asistir a un homenaje a Gabriel Miró, celebrado en la Glorieta de Orihuela, que desde ese día lleva el nombre de Gabriel Miró. Es recordado ese encuentro por el incidente que se produjo cuando Antonio Oliver increpó en público al conferenciante invitado a ese acto, el escritor Ernesto Giménez Caballero, cuando éste se atribuía el haber contribuido a traer la República a España, tras lo que protestó Oliver airadamente, por lo que fue detenido y llevado a un cuartelillo, del que pronto fue puesto en libertad. Mientras se aclaraban las cosas, Carmen Conde, María Cegarra y Miguel Hernández esperaron en el bar del Hotel Palace. En ese momento Miguel entregó a Carmen un original de su libro *Perito en lunas*, que en esos días estaba preparado para imprimirlo, en Murcia, en la colección Sudeste, auspiciada por los periodistas del diario *La Verdad*, en cuyas prensas finalmente se imprimiría ya en enero de 1933.

María Cegarra, Carmen Conde y Antonio Oliver con el grupo de la Romería lírica a Oleza [Orihuela, Alicante] en homenaje a Gabriel Miró. 2 de octubre de 1932

Fue también el momento en que se publicó el ejemplar único del periódico *El Clamor de la Verdad*, título extraído justamente de *Nuestro Padre San Daniel*, de Gabriel Miró. En sus páginas coinciden con colaboraciones suyas Carmen Conde y Miguel Hernández, junto a todos los componentes del grupo de escritores de Orihuela. He aquí el nutrido sumario de la revista dedicada a Gabriel Miró: *Gabriel Arcángel*, El Anti Alba Longa. – *Poemas*, María Cegarra Salcedo. – *Orihuela y Gabriel Miró*, José María Ballesteros. – *El cuerpo derruido*, Antonio Oliver. – *Dos Poemas*, Carmen Conde. – *En la puerta*, José Mª Pina. – *Limón; Yo. La Madre mía*, Miguel Hernández. – *Voces de silencio*, Carlos Martínez Barbeito. – *Estampa mironiana*, Julio Bernacer. – *Geografía de un claustro*, Ramón Sijé. – *Orihuela principio y término de Sigüenza*, Raimundo de los Reyes. – *Estafeta y anuncios del Clamor de la Verdad*. – Fotografías de Gabriel Miró; del colegio de Jesús; del busto del escritor levantino, obra de José Séiquer Zanón. – Apunte de Garay. El periódico lleva la fecha de 2 de octubre de 1932 y nos consta que todos ellos asistieron al homenaje. De este encuentro, como de los siguientes, da mucha información Ramón Pérez Álvarez en su libro *Hacia Miguel Hernández*, obtenida en gran parte de la prensa oriolana y cartagenera de la época.[1]

[1] Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003, págs. 71-78.

Tras la publicación de *Perito en lunas*, en Murcia, al cuidado de Raimundo de los Reyes, [2] volvieron a coincidir Carmen y Antonio con Miguel cuando invitaron a éste a que diera un recital de sus poesías en Cartagena, en la Universidad Popular, el día 29 de julio de 1933, tal como anuncia la revista *Presencia* en su número 2: «Conferencia y recital de poesía del poeta levantino Miguel Hernández Giner, el día 29 de julio de 1933». Y, en efecto, Miguel Hernández se presentó en la Universidad Popular de Cartagena en verano de 1933 con un cartelón dibujado por el pintor oriolano Francisco Díe, y con cierta aparatosidad teatral (un melón sobre la mesa, un limón dentro de una jaula simbolizando un canario), para recitar las intrincadas octavas de su *Perito en lunas* y vender ejemplares del libro. [3] Juan Guerrero Zamora acierta al interpretar esta actividad como producto de su indudable temperamento dramático, aunque Guerrero está confundido en el asunto del cartelón que para él fue dibujado por el propio poeta, lo que tampoco nos extrañaría por ser, como Lorca, un fecundo y simpático dibujante: «Recitó con su grave voz de barítono, con abundancia de gestos teatrales pero expresivos, como el mejor moderno juglar –esto le asemeja también a García Lorca– y, para colmo, dijo un romance de ciego para el que había pintado un cartelón con gruesos colores de brocha gorda. Todo esto prueba una vez más su temperamento dramático deseoso de asombrar al prójimo». [4]

Tal como recoge el diario cartagenero *República*, que reseña ampliamente el acto el día 31 de julio, Hernández recitó la «Elegía media del toro», el «Romance de la novia lunada» y varias octavas de su libro *Perito en lunas*, para a continuación hacerlo con poemas de Federico García Lorca y Rafael Alberti.

La siguiente oportunidad en que coincidieron Carmen y Miguel en Cartagena, ya que en Madrid se vieron con frecuencia ese invierno, fue cuando, con motivo del centenario de Lope de Vega, volvió a la Universidad Popular para hablar del dramaturgo áureo. Dos fueron sus contribuciones al centenario del gran creador de nuestra comedia clásica que denotan su evidente vocación y afecto hacia el teatro: su conferencia o charla en la Universidad Popular de Cartagena, invitado por Antonio Oliver y Carmen Conde,[5] y la redacción de *El labrador de más aire*, la más lopesca

---

[2] Francisco Javier Díez de Revenga, «Miguel Hernández y el grupo murciano de la revista *Sudeste*», *Murgetana*, 46, 1978, págs. 5-46.

[3] Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *El teatro de Miguel Hernández*, Murcia, Universidad de Murcia, 1981, pág. 84.

[4] Juan Guerrero Zamora: *Miguel Hernández, poeta*, Madrid, El Grifón, 1955, pág. 71.

[5] Cartas sobre el particular ya las recoge Juan Guerrero Zamora, pág. 86 y siguientes. Y en Miguel Hernández, *Obra Completa*, edición de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany Bay, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

de sus obras. Acerca de la conferencia hay que señalar que tuvo lugar el 27 de agosto de 1935 sobre *Lope de Vega en relación con los poetas de hoy*, [6] cuyo interés radicaría justamente en la originalidad del tema y en la presentación personal que de él haría un poeta en activo como Hernández; *El rayo que no cesa* ya había dado en gran medida el índice de su afecto por los autores del Siglo de Oro, entre los que Lope ocupa importante lugar.

Miguel Hernández, Carmen Conde y Antonio Oliver ante el molino del tío Poli, en Los Dolores (Cartagena), 24 de agosto de 1935

No se conserva, desafortunadamente, el texto de la conferencia pero sí el del guión que utilizó Miguel para pronunciarla y que publicaron José Carlos Rovira y Carmen Alemany, en 1990, [7] en el que advertimos su personal interpretación del autor de *Fuenteovejuna* como dramaturgo revolucionario, tal como ya señaló Florit Durán: «Miguel Hernández, al igual que Lorca, lleva a cabo una lectura interesada de *Fuenteovejuna*, del mismo modo que se empeña en crear la imagen de un Lope revolucionario que se pone al lado del pueblo oprimido». [8]

---

[6] Vicente Ramos, *Miguel Hernández,* Madrid, Gredos, 1972, pág. 140.

[7] Miguel Hernández, *Antología poética. El labrador de más aire*, edición de José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Taurus, 1990, págs. 36-38.

[8] Francisco Florit Durán «La recepción de Lope en 1935: ideología y literatura», *Anuario de Lope*, VI, 2000, pág. 113.

Como bien señala Rovira, «la interpretación de Lope, ingenua y desordenada, nos resulta muy interesante pues es previa a la escritura de *El labrador...* e indica al fin de ella que está escribiendo «una tragedia minera y pastora», es decir, *Los hijos de la piedra*. La escritura de *El labrador...* es la que mejor remite, en cualquier caso, a las claves del guión de la conferencia, no tanto por la reinterpretación romántica de la biografía, sino por la dimensión popular que Hernández quiere conferirle, y también, es evidente, por la referencia aislada a *Fuenteovejuna* y *Peribáñez*, verdaderos modelos de *El labrador...*, reinterpretados aquí como paradigma social (profundamente anacrónico) de la rebelión popular contra los poderosos. La suerte de esta interpretación es la que se plasma en la génesis de la imitación que el poeta realiza.»

La conferencia tuvo lugar el martes 27 de agosto, y el domingo anterior, el 25 de agosto hicieron juntos una excursión a Cabo de Palos organizada por la Universidad Popular para visitar la biblioteca allí instituida para los pescadores. El diario *La Tierra*, de 29 de agosto, da cuenta de todo ello y de que a la excursión asistió «el exquisito poeta oriolano Miguel Hernández Giner, admirador profundo de estas costas de Levante». En la excursión se leyó *El caracol del faro* de Gabriel Miró. Ramón Pérez Álvarez recoge la información de la prensa de la época, aunque fecha la conferencia el 27 de agosto de 1936, cuando ya no era el centenario de Lope de Vega y cuando además no era momento de organizar conferencias y excursiones a Cabo de Palos. [9] De esta estancia quedan varias fotos. Dado que Carmen y Antonio vivían en Los Dolores, ya casi en el campo, enfrente de su casa se situaba el molino de Tío Poli, ante el cual se hicieron la conocida foto de los tres poetas levantinos: Carmen, Miguel y Antonio. También hay fotos de la excursión a Cabo de Palos.

Sabemos que durante los años en que Carmen Conde vivió en Madrid, y estaba trabajando en el Orfanato de El Pardo y vivía en la pensión de la calle de Ríos Rosas, en el invierno-primavera de 1935, se vio con Miguel Hernández en muchas ocasiones, tal como ella misma ha relatado en alguna de sus evocaciones.

Y también recuerda Carmen muy emocionada el último encuentro, cuando ella se dirigía con Amanda Junquera a Ifach, a descansar en el Parador, camino de Valencia. El encuentro es casual y Miguel advierte en Carmen una radiante alegría, y le pregunta: «Carmen, ¿qué te pasa que irradias alegría?». Y Carmen responde muchos años después: «Sí. Una alegría extraída de las entrañas para poder seguir viviendo, poco antes de trasladarme a Valencia para estudiar en su Universidad». [10]

---

[9] Ramón Pérez Álvarez, pág. 72.

[10] «Palabras para Miguel Hernández». Reproducimos el texto completo en el apéndice.

Podemos fechar con cierta exactitud cuándo ocurrió este último encuentro porque Carmen y Amanda llegaron a Ifach el 27 de junio de 1937 y allí permanecieron unos días de intimidad antes de llegar a Valencia.

Carmen Conde en el Orfanato Nacional de El Pardo (Madrid), marzo de 1935

Los cuatro textos que recogemos son evocaciones de Miguel Hernández escritas por Carmen Conde en distintos momentos de su vida, y también de diferente contenido o intención. El más antiguo es la reseña de *El rayo que no cesa*, que se publica en la *Revista Hispánica Moderna*, de Columbia University en Nueva York. [11] Sobre este texto volvería la autora años después y lo ampliaría, y así aparecería en el volumen de El Escritor y la Crítica que reunió María de Gracia Ifach, en 1975. [12]

---

[11] «Miguel Hernández Giner, poeta», *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, 3, 1937, págs. 217-219.

[12] «Miguel Hernández Giner, poeta», en *Miguel Hernández*, edición de María de Gracia Ifach, Madrid, Taurus, 1975, pág. 201-204. [Trascripción del de 1937, con tres añadidos en 1946]

Los otros textos son evocaciones más personales, y el más interesante de ellos, por la fecha, y por el tono reivindicativo es el escrito en 1960 para los *Cuadernos de Ágora*, [13] que dirigía Concha Lagos en Madrid en plena Posguerra, y para uno de los primeros homenajes que se hacía en España a Miguel Hernández, éste con motivo del cincuentenario de su nacimiento, y que contó con la participación de Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, María de Gracia Ifach, Concha Zardoya, Vicente Gaos, Carlos Bousoño y Luis Felipe Vivanco, entre otros. Se trata de un texto muy dramático, que nos enviaría en 1992 para nuestro libro *Estudios sobre Miguel Hernández*, [14] aunque en la versión de Murcia falta el último párrafo, suprimido por la autora 32 años después sin duda por su tono agresivo, inadecuado ya para 1992.

Miguel Hernández en Cabo de Palos. 25 de agosto de 1935

No es menor el valor de los dos últimos textos, uno publicado en *Posible*, en 1978, y otro, quizá el mejor de todos desde el punto de vista personal, [15] el escrito para la edición del *Cancionero y romancero de ausencias*, que publicó José Carlos Rovira, en 1987, [16] un texto lírico muy emotivo y, desde luego, lleno de información

---

[13] «Miguel, joven», *Cuadernos de Ágora,* 49-50, 1960, págs. 15-16.

[14] «De otros días...», en *Estudios sobre Miguel Hernández*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, Murcia, Universidad de Murcia, 1992, págs. 85-87. «De otros días...», *La Verdad* (Homenaje a Miguel Hernández (1910-1942), 28 de marzo de 1992, pág. 3. [Versión abreviada del anterior]

[15] «Mis recuerdos de Miguel Hernández», *Posible,* 168, Madrid, 30 de mayo de 1978, pág. 55.

[16] «Palabras para Miguel Hernández», preliminar a Miguel Hernández, *Cancionero y Romancero de ausencias*, edición de José Carlos Rovira, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985, págs. 9-16.

preciosa, escrito en forma de carta dirigida al propio Miguel Hernández. Al recuperar estos cuatro textos,[17] entre otros muchos que escribió Carmen Conde sobre Miguel Hernández y los adolescentes de Orihuela,[18] nuestra intención no es otra sino mostrar la autenticidad de una amistad y la permanencia de un recuerdo, el de Miguel Hernández, indeleble durante años, y que la fértil memoria de Carmen Conde siempre mantuvo vivo. Aunque, indudablemente, el testimonio más personal y emotivo lo contiene el poema que le dedicó, titulado lacónicamente «Miguel»,[19] fechado el 22 de enero de 1977, e incluido en su libro *El tiempo es un río lentísimo de fuego*:

Sobre alfamar mullida, amigo nuestro,
extiendo la memoria de tu cuerpo.
A Orihuela la tengo ante los ojos
y el descenso moroso del Segura.
Miramos esta agua rica en limos:
dulcemente resbala, somos juntos
tres amigos que hablan y se dicen
sus recónditos sueños. La poesía
nos acucia voraz, absorbe vida
que nunca morirá si ella la meje.
¿Cuál de nosotros teme al día
que hoy acerca mis manos a tu sombra?

---

[17] Agradecemos a Caridad Fernández, del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena, su colaboración en la localización de estos textos, así como a su Director el Dr. Cayetano Tornel Cobacho las facilidades que nos han permitido su reproducción.

[18] «Los adolescentes de Orihuela», *Verbo*, Alicante, octubre-noviembre, 1946, pág. 14.– *Tres inolvidables adolescentes de Orihuela y uno de La Unión. Conferencia. Elegía*, edición de Aitor L. Larrabide, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2007.[Leído en Tabla Redonda de Poesía el 20-3-1955, I Asamblea de Poetas y Escritores del Sudeste Español. Orihuela, 19 a 20-3-1955].– «Al adolescente de Orihuela», *Pueblo*, Madrid, 9-XI-1973.-«Tras la muerte de Ramón Sijé» *Oleza*, Orihuela, navidad de 1974, pág. 43. [Escrito a la muerte de Ramón Sijé el 1 de enero de 1936].– «Querido y ausente Miguel», *La sombra vencida. MH. Encuentro con el poeta, Empireuma,* Orihuela, círculo 1, 1987.

[19] Carmen Conde, *Poesía completa*, edición y prólogo de Emilio Miró, Madrid, Castalia, 2007, págs. 876-877.

Cuán sereno es el río, ni se oye
su grueso acontecer turbio de zumos.
Tú sonríes gozoso pues te has hecho
en lunas tan perito, como en rayo
serás dentro de poco. Y más luego
al viento entregarás tu lucha joven.

Llevamos tu persona por el campo
tan llano y tan feraz de Cartagena.
Unimos nuestro grupo a aquel molino
abierto en ocho alas del tío Poli.
Tan crédulos los tres, amigo nuestro,
tan locos por verdades inmortales.

Amasaron con sangre tu silencio
que al fin se reventó quebrando diques.
Tú no fuiste poeta enajenado
sino hombre que arroja en la poesía
toda el hambre y la sed del pueblo suyo,
sembrándola de amor a dentelladas.

Veíamos el río aquella tarde.
Oímos el molino en la mañana.
Comimos muchas veces parvamente
el pan y la esperanza compartidos.
Ya todo estás aquí, en limpia alfamar
poblada de tu imagen dolorida.
En grano destrozado contra el viento
su cosecha rindió. Tú no te has ido.

Apéndice

I

Carmen Conde
Miguel Hernández Giner, poeta

1946

En 1937 apareció en una gran revista hispanoamericana, la *Revista Hispánica Moderna*, de New York, una larga nota mía acerca del poeta Miguel Hernández Giner. Data del año anterior el motivo que le dio origen y que fue la aparición del volumen de poesía titulado *El rayo que no cesa* en las Ediciones Héroe, de Madrid. A tan larga distancia (diez años como cincuenta de la historia de cualquier generación de antaño), resumiendo la emoción de entonces con la persistente emoción actual, Miguel Hernández vuelve ante nosotros como lo que fue: un extraordinario poeta, un muchacho genial que tuvo la malísima suerte de vivir y de morir dentro de esos diez años precisamente.

1936

El rayo que no cesa –treinta poemas–, es un hermoso libro salvaje. Yo diría mejor «selvaje», pues a selvas es a lo que trasciende. Libro escrito mano a mano con la personalización agria y escueta de los instintos primitivos. Azorín dijo que Miró era un hombre primitivo (en *ABC*, a raíz de su muerte), y de Miguel Hernández, como un elogio cósmico, que es un «poeta selvaje».

La crítica técnica dirá en su día inevitable –que es el día de la Crítica– cuántos y tantos elementos constituyen, técnicamente, el temperamento lírico de Miguel Hernández. Pero en este momento –1936–, quien no critica, sino que elogia una voz inscrita en el mismo aire poético que respiramos en la vieja Murcia, tan culta y, antes que Castilla, sufridora de seísmos intelectuales, sólo se atreverá a destacar algunas de las cosas que merecen admiración. En la obra del que Juan Ramón Jiménez llamó hace unos meses (en *El Sol*) «estraordinario muchacho de Orihuela», se siguen las fecundidades poéticas con un vigor y un acierto del que nos enorgullecemos en la antigua Cora de Todmir.

Si Miguel Hernández o, mejor dicho: si el barro hirviente que es el poeta se dejara llevar demasiado por eléctricas galerías de sobrerrealismo o por los usos –en abusos– de un mal entendido aprecio por lo humilde, alabando lo que es a todas luces antipoético, pronto volvería de su acuerdo, codicioso de la autenticidad arrolladora que es su signo. Porque Miguel Hernández no puede seguir pasos de nadie ni mili-

tar en escuelas, ya que está predestinado a establecer su propia escuela. Los líricos de su talla caminan sólo abriéndose paso entre los que le seguirán subyugados. Con este poeta de Orihuela (más murciano que alicantino), se inaugura una forma vitalísima de la poesía de nuestra época. Escuchémosle.

Dice que sufre en *El rayo que no cesa* y no es verdad; no sufren sino un momento los árboles podados –¡cuando el dolor poético arranca del alma ramas!–, pero retoñan con mayor vigor y sanguíneo empuje. Las circunstancias falaces que la vida del artista presiden, son el hacha del árbol verde que es el poeta; su dolor nos parece claro y preciso, admirable en los versos, porque es un dolor optimista, que no ataca, sino que convence, persuade, de lo pronto que irá la felicidad lírica a las manos del poeta.

Para los del mar, Miguel Hernández es un amigo enlazado a otro amigo y a una ciudad del mar y con Gabriel Miró. Le conocimos en Orihuela cuando su libro primero, *Perito en lunas* (Ed. Sudeste, Murcia), estaba en cuartillas, algunas de las cuales, manuscritas, conservamos. Después vino el salto a Madrid, estación de la que no nos libramos ni sustraemos ninguno; y *Quien te ha visto y quien te ve*, auto sacramental editado por *Cruz y Raya*, apareció con hondo rasgo clásico. Ya estaba bien definido lo clásico en *Perito en lunas* y en el auto sacramental casi pasmaba su perfección. La cantera viva, vivaz, de Miguel Hernández, producía con frescor de obra eterna; su clasicismo era y es el del olivo y el del pozo artesiano que es la palmera: les basta con nacer para realizar en torno suyo un paisaje.

El rayo que no cesa tiene empeños *selvajes*; pasión de animal ebrio de su sangre con sol, que busca el regazo de la tierra –no de la seca Castilla, sino de la rojiza y mollar de Alicante– para hundir en ella un aliento que mueve montes y cielos. Del hervor físico del animal herido, gozoso, brota el lujo inexpresable del alma. Por el libro yerra un alma indeformable o inadaptable a otras formas que la suya firme, que vale bien el dramático empeño del toro desmandado en quien el poeta –que no le teme a los adjetivos ni a los conceptos–, quiere ir a los trebolares donde todo roce es flor y en los cuales es más alegre llevar al cuello «un vendaval sonoro».

Miguel Hernández Giner es hombre de campo y de mar, aunque de mar sólo lleve la figura y el color; por hombre de campo su poesía de los trabajadores huele y sabe a tierra regada; tiene todo el sudor de una jornada de sol a sol, pero es un sudor limpio y a lo que huele es a caballos frescos. El alma, el soplo de la gran materia que es *El rayo que no cesa*, lo traspasa y aligera todo de su gravedad solar:

> Después de haber cavado este barbecho
> me tomaré un descanso por la grama
> y beberé del agua que en la rama
> su esclava nieve aumenta en mi provecho...

Me huele todo el cuerpo a recién hecho
por el jugoso fuego que lo inflama.

El citado poema está ofrecido al botijo que, pendiente del árbol, orea su barro y acrece la frescura para la boca sedienta y ávida del labriego que le pide sosiego.

En otro verso, bien logrado como soneto y creación, el alma se adelgaza y esbeltea:

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,
sola, como un suspiro y un ay, sola...

Pocas veces, dentro de la arquitectura poética, los adjetivos terminados en «mente» se pueden sufrir; aunque siempre sería mejor que no se usaran, en Miguel Hernández, que los emplea con abundancia, no podremos decir que sobren. El lenguaje culto, táctil, auditivo: exacto o fiel a las fuerzas cósmicas de que son reflejo o delirante interpretación.

Si el corazón de barcos no se llena, dice el poeta que fatiga andar por ciudad de puerto. Otra vez el espíritu se hace vela de la tierra compacta y engaña al optimismo de la juvenil persona, con una leve tristeza que no se recoge en ningún pañuelo que, sediento, vaya de vuelo.

Hay al final del libro que comentamos una Elegía a la muerte del genial Ramón Sijé, que sólo se desvía un ápice del trágico heroísmo de hermosura que la asiste para volver, al punto, al canon de perfecta belleza que es su designio. No se puede lamentar con mejor voz la muerte de un adolescente. Y también aquí está el ímpetu de fiera, con redobles de ternura bajo sus espadas de baraja: la obstinación enamorada que hace del belfo del animal una mano sumamente sensible que tacta la corteza mojada de llanto para buscar un cuerpo enfriado...

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte,
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte...

...Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera...

¿Puede gritarse algo más espiritual, más materialmente divino, más lleno del pavor y de la ilusión, de la sonrisa del amor?

...por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma...

Y ya no se pueden hallar adjetivos para la tierra que se ha hecho huracán y para el huracán que se ha quedado en rosa... «Temprano madrugó la madrugada»... Es así como el aliento lírico de *El rayo que no cesa* ha venido. ¡Ojalá que los vaivenes del contacto –ojalá también que no el contagio– poético ajeno, no paren la madrugada del que hizo este libro! Pues si un poeta del tono que lleva Miguel Hernández en su garganta, en lugar de ir a solas mucho tiempo, escuchándose hasta saberse como el cuerpo sabe a su sombra de fuera de sí, se gastara en oír voces de opuesto sonar al suyo; si, en definitiva, no tuviera siempre presente que su lealtad ha de empezar consigo mismo antes que con otros, este volumen poético, poliedro perfecto de regular geometría del espacio, se quedaría en éxtasis creador, el que ya atrajo a muchos valores que no aprendieron a auscultarse a sí mismos.

* * *

Hasta esa línea pertenece el comentario hecho en 1936 al libro de poesía titulado *El rayo que no cesa*.

Después sobrevino la guerra española; unos pocos libros de Miguel Hernández aparecieron por entonces: *El labrador de más aire*, *Viento del pueblo*, entre los que recordamos...

Cuando se acabó la guerra y comenzaron otras angustias, Miguel Hernández, el más inepto hombre para las tareas de guerra y de paz entre los hombres, se portó como suelen portarse los poetas de todos los tiempos: con un absoluto desconocimiento de la realidad, de lo que se debe o no se debe hacer. Y el resultado fue su propia ruina: Miguel Hernández murió pronto, tan pronto que apenas si entre su existencia y el recuerdo cabe el hondísimo suspiro del enorme dolor que nos cuesta a sus amigos.

* * *

Después de aquellos magníficos poemas al toro, en donde Miguel iniciaba todo un mundo ibérico de pura cepa, otros poetas más jóvenes han tratado de seguirla...

Pero la recia voz hombruna, la hermosa voz de Miguel Hernández, nunca podrá ser alcanzada. ¡Es ella, sola y pura, como solo y él es un buen lucero!

Verdad es que yo junto a mi condición de lectora que admira aquella mejor poesía de Miguel Hernández, la no menos devota amiga y casi co-provinciana... Y que estoy lejos de poder ofrecer una buena objetividad crítica. Sin embargo, cuando os digo que Miguel Hernández Giner es un buen poeta, creed que os está hablando la historia de las Letras Españolas.

II

Carmen Conde
Miguel, joven

Creo que he contado varias veces –por mí o a través de otros– cómo conocí a Miguel Hernández. Por eso no voy a repetirlo. Es difícil hablar de un amigo querido, muerto ya, y más difícil aún si se escribe del amigo muerto en unos momentos de la vida de una en que se está triste hasta la muerte, por causa de la muerte... Sin embargo, quiero evocar a Miguel, el joven y sonriente, el Miguel de los ojos claros y luminosos, de la voz terrenal, del impulso honesto y bueno, del enajenado Miguel Hernández de versos y de conducta tan fuera de la realidad muchas veces, aunque profundamente entrañado con la vida.

A Cartagena le llevamos cuando movíamos, en provecho ajeno como es de dignidad, una pequeña y desinteresada entidad cultural a la cual concurrieron casi todas las figuras intelectuales, maduras y jóvenes, de antes de la guerra. Miguel dijo allí sus versos y unas conferencias sobre bellos temas que ensalzaba su palabra arrebatada y pura. Nos acompañó en largos paseos por el campo llano cartagenero, cuajado de molinos de velas latinas (delante de uno de los cuales, rodeados de cabras, nos retratamos con él), dialogando de cosas comunes y de cosas suyas que para todos tenían gran importancia; pero que eran, simplemente, ¡cosas de literatura!

En Madrid, antes y después de trabajar con José María de Cossío en Espasa-Calpe, le vimos continuamente. Iba a comer con nosotros a Ríos Rosas, 48, en donde estábamos instalados en una modesta pensión familiar. De su verbo entusiasta brotaban alabanzas para sus amigos, para los poetas que él admiraba, y el recuento de los problemas menudos, aunque acuciantes, que constituían la ansiedad de todos nosotros, jóvenes y hasta un tanto desamparados en la corriente impersonal de la gran urbe.

Cuando la guerra, ya le vimos menos; pero, sin embargo, en plena guerra y en Alicante, una mañana inolvidable sí que le vimos –quizá por vez última– cuando nos disponíamos a tomar un autocar hacia un rinconcito de la costa en donde acaso fuera posible descansar siquiera brevísimamente de los bombardeos inacabables.

Un Miguel Hernández con gran sonrisa amiga, de dientes blancos y sanos, de ojos llenos del azul del mar mironiano, con voz ancha y fraterna, nos dio la sorprendente salutación dentro ya del coche, frente al muelle. Nos causó verdadera sorpresa, porque no le esperábamos, y cambiamos, deprisa, unas cuantas palabras de cariño y de amistad inviolable mientras el motor se calentaba antes de arrancar hacia Ifach.

Después de la guerra ya le supimos apartado inflexiblemente de todos los que le queríamos y poco después, la muerte. La muerte de Miguel, del amigo, del poeta. La muerte de uno a quien vimos hacerse, crecer, doblarse con el dolor y, por fin, caer sin remedio. La muerte, un poco, que nos alcanzaba a todos los que le queríamos y que nada podíamos hacer ni por él ni por nadie; ni siquiera por nosotros mismos, que necesitábamos a los que nos querían también.

En seguida, un Miguel Hernández del que participaban ya muchos, muchísimos; hasta sobrepasar lo nacional –o antes que ocurriera esto– llegar a todas las fronteras. A veces, hasta un Miguel que desconocíamos un poco, que nos «revelaban», que no acababa de conectar (en nuestro recuerdo) con el amigo aquel tan luminoso, tan insobornable, que un día –porque todo llega– acabará sorprendiendo a muchísimos con palabras dichas en momentos significativos de su vida íntima, libre de pasiones externas y absolutamente propia.

Ahora, la fama. El acercarse a Miguel de millares de desconocidos que le aman y comprenden, y de otros que se acercan –aparentemente– a él porque Miguel es una institución gloriosa de la Poesía española.

En definitiva, poco importa todo ya. Miguel-criatura humana está muerto. Miguel Hernández vivirá por encima de todas las interpretaciones, a pesar, incluso, de muchas de ellas, porque era un verdadero poeta, y los poetas, por mucha piedra que les pongan sobre el pecho, no mueren.

Poca cosa he dicho, lo comprendo, acerca de Miguel. Pero hoy no me es posible hacerlo de otro modo. Tampoco importa mucho decir que lo quise y que lo quiero mucho, y que sé que él era algo más de lo que hizo y, a veces también, menos de lo que pareció en cierto sentido. Ya nada importa nada. Él está en plena fábula ya. Es mito. Yo no hablo del mito ni de la fábula. Recuerdo, con cariño y ternura, al muchacho lleno de alegría, de azul y de blanco, de voz dorada y mojada de tierra regada con la luz nuestra, la del Levante casi andaluz, que ahora es ya para el mundo un poeta muerto. Un poeta vivo. Miguel Hernández, el de Orihuela.

III

Carmen Conde
Mis recuerdos de Miguel Hernández

Es difícil hablar de nuevo de un amigo con quien se convivió durante un corto espacio de nuestra juventud, sin repetir lo dicho otras veces. Por ejemplo, y acaso no se dijera, que cuando le conocíamos unos cinco amigos verdaderos, yo escribí ya que su obra –que empezaba a manifestarse– era tan cierta como hermosa e intensa. ¿Dónde lo dije? Pues no lo recuerdo (¡puede que María de Gracia Ifach sí lo sepa!) Quizá en alguna revista joven de provincias, quizá en la nuestra, quizá... no lo sé. Y no lo sé porque no recuerdo tampoco otras muchas cosas vividas cuando yo era sólo tiempo en presente y la cronología no existía. Pasado y futuro no representaban mucho, sino que era únicamente *tiempo en presente*.

Miguel era bueno, sencillo y nunca le vi esa cara de patata que alguien viera. Yo le veía alegre, sonrisa de ojos azules y dientes blancos; impetuoso, burloncete ante las situaciones que en el lenguaje de nuestra juventud calificábamos de *putrefactos*. Generoso y cordial en la amistad, luchando por ser él mismo en su poesía, y quién le habría de decir que se alcanzaría íntegro, pleno, cuando tan cerca estaba su muerte.

La vida del muchacho Miguel fue breve, pero rica en limpio calor humano, de noble entrega a cuanto amaba y cuanto defendió. Sin egoísmo, sin buscarse plintos por lo que hacía cuando lo hizo entregadamente. Desinteresadamente. No encuentro mayores elogios para una persona que los de leal, generosa, desinteresada y fiel. Y ello, sea quien sea quien lo piense y como lo piense. El amor a la libertad no puede circunscribirse a rechazar barrotes de acero o de hierro, sino también, y principalmente, aquellos que aprisionan las mentes y los espíritus. Se podrá encarcelar a un ser, pero nunca la libertad de su alma, si es que la consiguió.

Si a Miguel se le moría –de casta– la amada, él se murió de inocente y de sencillo. Era pueblo humilde y junto a lo suyos estuvo. Testigos de alta calidad ante su enfermedad y muerte saben que digo verdad; parte de ella la conozco por algunos de ellos.

Poeta, sí. Poeta del amor a la mujer, al hijo, a su pueblo, nuestro pueblo. Y si ya, por fin, le conoce y admira el mundo entero, eso es lo que esperábamos sus amigos del primer tiempo de su crear a solas. No esperábamos, en cambio, su desaparición tan joven ni la necesitábamos para admirarle y quererle y guardarlo en nuestro corazón eternamente. Así le quisimos Antonio Oliver y yo, muy entrañables en la década de los treinta al casi cuarenta. Le perdimos, y con él, ¡cuánto más perdimos de su

poesía! La arrebatada, la encendida, la honda poesía del que hoy, gracias a Dios, es el poeta de todos, lectores de España y extranjeros. Porque Miguel Hernández es un símbolo imborrable. Los símbolos, si auténticos, no mueren. Miguel vive. Le sentimos cerca.

IV

Carmen Conde
Palabras para Miguel Hernández

Hablo después de muerto...
M.H.

... Y, sin embargo:

Por un huerto de bocas
futuras y doradas
relumbrará mi sombra.
M.H.

Acertaste. No has muerto. Si todo el vivir se acaba, tú te quedaste aquí, entre nosotros los que te sabemos: como hombre y como Poeta, Miguel. En el inmenso huerto de bocas no se apaga tu sombra. Ni tu voz ardorosa, bañándonos de amor y de amistad fraterna. Las bocas que esperabas futuras ya son éstas que te nombran y enaltecen. A través de los años, seguimos oyéndote, Miguel: hortelano y pastor de cabras que, como descubrió J. R. J., «esconden una mujer dentro».

Comentar tus obras no puede ser cosa mía, pues otros muchos: poetas, investigadores, críticos la estudiaron como ella merece. Yo, bien lo supiste, con Antonio, éramos sencillos amigos tuyos. Cuando estabas atado a las cárceles nada podíamos hacer por ti; solamente quererte y llorarte después. Preguntábamos con sigilo por tu doliente persona y yo, precisamente, hasta pude leer una carta de quienes imploraban tu libertad y tu vida. Fue cuando yo vivía con la protectora familia Alcázar-Junquera, en el piso superior de la casa de Vicente Aleixandre. Por él supe de sus frecuentes ayudas a tu mujer y a tu hijo... La primera vez que pude ir a Alicante, visité tu tumba: Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, calle San Pascual, grupo 68, nicho número 1.009. Con esta triste nota junté una hoja de las flores que llevé y conservo en la agenda de aquel año. Tu retrato está en mi casa y tu recuerdo en mi corazón.

A estas alturas (o descenso) de mi existencia, después de perderte a ti, continué perdiendo a los que más amaba. De Antonio y de ti me han quedado poemas, libros hermosos y, de los otros, su arraigado recuerdo. Porque como soy fiel a la amistad y al amor, tengo repleta la memoria y de ella no os perderéis mientras yo no la pierda. De ti se acuerda todo el mundo, lo presentiste y, no sólo quienes te conocieron vivo.

¿Anécdotas...? No representan casi nada. Fuimos. Venías e íbamos los tres por el campo llano de Cartagena, leías en nuestra Universidad Popular, viajábamos a Cabo de Palos, nos retrataban juntos bajo el Molino de Velas del Tío Poli enfrente de nuestra casa. Reíamos, hablábamos de nuestras ilusiones, de la poesía, de la vida futura...

En Madrid compartíamos nuestro humilde yantar en aquella casa de la calle Ríos Rosas, modestísima casa de huéspedes cerca de la Editorial Espasa-Calpe donde tú trabajabas con Cossío en las biografías de toreros... Era verano, calzabas alpargatas, la blanca camisa abierta y pantalón limpio. Nos alegrábamos de estar unidos aunque la economía se portara tan exigua. Nada nos impedía ser felices y a nada temíamos. Éramos.

Una tarde nos acompañaste a casa de Pablo Neruda (Casa de las Flores, barrio de Argüelles de mi actual vecindad) para charlar con el poeta. Nos acompañaba su gran protectora Delia del Carril. Fue una hermosa tarde, sí. Al salir de la casa, ya en la escalera, te besaste con Delia. Ante mi provincianismo, desconcierto. –«Miguel, ¿cómo lo haces? Esta gente es muy ligera y tú...».

Te reías, burlándote de mi ignorancia de las costumbres madrileñas. Te reías, ojos azules y dientes blanquísimos: «–Pero, ¡Carmen! estos besos son normales entre la gente».– (¡Si vivieras ahora...!).

Otro día te encontré, entre Montera y Sol, con el fino y buido escritor Enrique de Azcoaga, y me alarmó su posible influencia sarcástica e inteligentísima, pero entre nosotros tan tierno y buen amigo. Era un tiempo de mi juventud asomándose a la gran ciudad libre de prejuicios y tú estabas entrenándote para poder estar a su altura.

Por entonces y sin pedirlo ni pensarlo ya era inspectora de estudios en el magnífico Orfanato de El Pardo, gracias a la generosa intervención, que acertó a redimir de su desdichada función anterior, de los nobles amigos doctor don Luis Calandre Ibáñez, catedrático don Manuel García Morente y un espléndido millonario amigo de ellos. Ya había muerto mi padre y poco después hube de abandonar el hotelito que me asignaron en El Pardo, porque... ¿para qué decirlo? Me había negado a publicar en el diario «El Sol», un artículo sobre la eficacia y la maravilla del director del Orfanato. Lo consulté con el jefe de redacción, un vasco eminente, y él comprendió lo feo de la petición «siendo yo quien era en aquella Institución». Me salvé de momento. Ya no eran patronos aquellos dignos varones a que me referí anteriormente. Un funesto administrador me fue quitando los exiguos privilegios, hasta obli-

garme al traslado a Madrid y acudir diariamente a El Pardo en los autocares de la calle Cadarso.

Por orden de la entonces directora del ramo a que pertenecía el Orfanato, doña Clara Campoamor, a quien se la pidió una amiga suya y mía por entonces, sustituí a la primera inspectora nombrada, como yo, por las Cortes, viuda de un eminente doctor muy bien respetado. «Mis ideas» molestaron y acabé mi función, liberándome de unos personajes insoportables. En ese derrochado tiempo cundían nuestros encuentros con Miguel.

Regresamos sanamente a Cartagena y Miguel no recuerdo qué hizo. Porque muy pronto llegó la guerra civil a España.

Cada hombre en ambas partes se entregó al cumplimiento de sus ideas y España se partió. Aquella y la nuestra. (Cuando acabó y me vine a Madrid, leí en donde ahora se levanta un gran hospital, en las trincheras, con algunos enterramientos no sé si provisionales, los letreros siguientes: «Nosotros. Ellos». La zanja se mantuvo muchos años). Los que persistimos en ser ellos, nos quedamos aquí. Como tú, Miguel. Y si sufrimos cuanto aguantamos seguimos viviendo y tú, no. Digo vivo en tu Obra, eso sí. Nosotros, todavía no. y seguiremos viviendo de acuerdo con lo que dejemos hecho, pese a quien pese. España sobre todo.

De aquellos molinos de velas que Antonio cantó como nadie, existe ahora uno muy hermoso y dedicado a él en tierras de Alicante. Es el máximo homenaje que él celebraría. Hombres generosos y entre ellos uno que lleva su sangre y su apellido, hicieron el milagro. Dios los bendiga.

Esta es una Carta, Miguel, solamente para recordarnos a los tres. Escritores de categoría han escrito libros sobre ti y tu Obra: Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, Concha Zardoya, María de Gracia Ifach (su libro de gran humanidad es conmovedor), y tantísimos más a quienes pido que disculpen sus nombres, por no disponer de una nómina completa. Muchos más vendrán siempre a seguir dignificando tu nombre, Miguel Hernández.

Tu Orihuela (antaño murciana) me era tan querida antes de conocernos, por el inolvidable Gabriel Miró y porque en ella mi madre tenía su primera hija enterrada. Tú y Ramón Sijé llegasteis a nosotros cual dos emisarios de inteligente armonía. Con Ramón compartimos un día en Sierra Espuña; en tan hermoso lugar, una expedición de universitarios madrileños, entre los que estaba un hijo del insuperable crítico don Enrique Díez Canedo. Con nuestros discípulos de la Universidad Popular de Cartagena, disfrutamos unas horas fraternales. Entre las fotografías que nos hicieron está Ramón Sijé con Antonio. Ramón y Miguel figuran en el libro que escribió el gran compañero José Rodríguez Cánovas, historiando la fundación de Antonio y sus resultados magníficos.

Jóvenes todos, pletóricos de esperanzas y de poesía, unidos por una amistad invencible, nos unimos al primer homenaje que se os hizo en Orihuela, desdeñando la posible mala acogida (su organización fue respaldada por el director en aquel tiempo del diario de Alicante, «Información», Dámaso Santos). Todos los asistentes expresaron su admiración y adhesión a los que yo, en mi *Elegía* –que allí leí–, llamaba Adolescentes de Orihuela.

Por fin, tu último encuentro: en Alicante.

Íbamos A. J. y yo en una camioneta que se dirigía a Ifach, con el ansia de respirar mar un par de días. Asomada yo, impaciente, a una ventanilla de la temblequeante camioneta, cuando, de repente apareciste tú, Miguel. Te asomabas, empinándote, a mi ventanilla para darme la sorpresa de tu aparición inesperada. Fueron tus palabras: «Carmen, ¿qué te pasa que irradias alegría?». Sí. Una alegría extraída de las entrañas para poder seguir viviendo, poco antes de trasladarme a Valencia para estudiar en su Universidad. Huyendo de los bombardeos de Cartagena, acabé en los peores de Valencia, la sacrificada. Allí, entre amigas como Concha Zardoya, María de Gracia Ifach, Carmela Iglesias y Amanda, escribí mi angustiado libro «Mientras los hombres mueren y poemas a los niños que mata la guerra». Su primera edición fue en Milán, por medio de la catedrática Juana Granados, hija de cordobés e italiana. El vértigo de la guerra nos secó la alegría y la esperanza. Mas, dejemos a un lado la que se dio en llamar postguerra. En ésta caíste tú, el más inocente y confiado de los muchachos que acompañaste con tus versos alentadores, a los que siguieron luego, ay, estos sangrantes de tu postrero hacer.

Pasa, Miguel; estás en tu casa. –Vuelve, Miguel; te esperan con su gran entusiasmo los jóvenes de nuestra Universidad. –¿Por qué te has ido a Orihuela, para que te crucifiquen, Miguel? –Vamos, Miguel: si a los que regresan a sus hogares, vencidos, les esperan cárcel y muerte. ¡No vayas, Miguel!

El mejor retrato tuyo que tengo es el que te hizo este hombre sobrio, jugosísimo dramaturgo, compañero tuyo en prisión, Antonio Buero Vallejo. Y, de nosotros, ¿te acordarás para reunimos otra vez?

Me acojo a tu Obra, como Antonio hizo para oírte hablar: desde «Perito en Lunas» (cuyos versos primeros me diste antes de publicarlos), hasta este libro que nadie podrá olvidar cuando lo lea. Yo, amigo del alma, lloro con él en mis manos.

Ya ves: nada he dicho acerca del tesoro de tus libros para que mis palabras sirvan como las de los autorizados críticos. Le hablé al hombre y amigo que eras tú. Nosotros, Miguel, *nosotros* seguimos estando a tu lado; al costado que más cerca tenía tu corazón.